

La *siembra*. La virtud de la semilla reclama la buena disposición de la tierra.

Depende de nuestro esfuerzo que seamos tierra preparada para la siembra de la verdad. La tentación de atribuir a los demás la responsabilidad de nuestros desaciertos no parece coincidir con la parábola que Jesús propone a la muchedumbre. Si no nos preparamos para que la semilla fructifique en nuestro interior difícilmente recogeremos los frutos que necesitamos. Nos alarma el crimen, la corrupción y la impunidad, pero, es una sociedad enferma la que los genera. Si nos comprometemos a mejorar la moralidad pública, mediante un empeño que nos comprometa, desalojaremos la delincuencia y el crimen de esta desgarrada y conflictiva convivencia. Sobre la base de una simple parábola, Jesús abre la única posibilidad de resolver los verdaderos conflictos. La lluvia de la semilla es permanente; se requiere acogerla desde actitudes personales adecuadas para su florecimiento. Las leyes inexplicables de un mercado de la comunicación obstruyen la predisposición requerida para que la semilla sea fecunda. Una simple observación basta para comprobarlo.

2.- *La cultura del egoísmo*. La tarea de remover la tierra y expurgar de su seno los elementos que le impiden ser fecunda, ha sido descuidada. Se ha creado una especie de "cultura" del egocentrismo. Lo opuesto al

amor impera como caldo de cultivo e impone su extraña filosofía. Como el ciego de nacimiento descarta la luz de su personal universo, así, quien ha recibido una configuración psicológica cerrada a la relación personal desplaza a los otros de su vida. Las pruebas son abrumadoras. Jesús presenta un único modelo de tierra fértil entre otros que no lo son. Por ello el modelo presentado constituye la única alternativa de vida fecunda. La ofrece a quienes lo escuchan. La tierra pisoteada, invadida por las malezas o cubierta de piedras, sigue siendo "tierra buena", virtualmente fecunda pero ahora impedida. La muchedumbre que se agolpa en la costa del mar de Galilea manifiesta el deseo de recibir su palabra que, desde ya, cuenta con la decisión de obedecerla. Es preciso, como aquel pueblo, abandonar prejuicios y enfrentar el seguimiento de Quien siembra la palabra. Jesús no es un teórico que construye el universo ideal desde un laboratorio o recinto aislado. Su presencia entre los hombres es un compromiso existencial con ellos.

3.- *Universalizar la amistad cívica*. La gente, invadiendo las calles, más allá de opinables o desechables métodos de protesta, está manifestando un despertar esperanzador a la solidaridad. El sufrimiento de todos crea lazos de amistad cívica que ensambla posibilidades y voluntades en pro de un objetivo común. Lo importante es escuchar la palabra de Jesús y ajustar *comportamientos* conforme a sus precisas exigencias. Ello incluye buscar la vía pacífica, mediante métodos adecuados de justas demandas, para universalizar la amistad cívica y eliminar todo resabio de

odio o de venganza. Algunos se empeñan en demostrar la inutilidad de los esfuerzos en favor de la *reconciliación y de la paz*. Detrás de esa actitud se encubre la desalentadora convicción de que la democracia, como opción política y estilo de vida, resulta impracticable. De esa manera se entreabre la puerta a todo sueño dictatorial como única salida. La intolerancia traba cualquier tipo de ordenamiento razonable en la convivencia social.

4.- *Seguimiento en libertad*. La meta de la predicación de Jesús es preparar los corazones para recibir, de su palabra, la gracia que posibilite el ejercicio responsable de la libertad. Está lejos de la misma convertir a sus adherentes en *corderos irracionales*. Su imagen de Pastor invita al seguimiento por amor y en libertad. La dispersión, en la que encuentra a los hombres y mujeres de su pueblo, es consecuencia de un falso ejercicio de la libertad. El ser disperso es un incomunicado y, por lo mismo, frustrado en su vocación al amor como auténtica expresión de libertad. La palabra que se siembra busca una respuesta consciente. La indisponibilidad no es un estado carencial sino una decisión en la que, en virtud de la misma capacidad libre, el hombre produce un rechazo. Se requiere entender que el estado propicio o no de la tierra corresponde a decisiones personales. Es lamentable y mendaz que nos consideremos exentos de toda responsabilidad. Así ocurre cuando atribuimos a los otros *toda la culpa* de nuestra desventuras. Tal excusa supone una ineptitud que debemos superar, poniéndonos a la obra de construir, desde lo que somos y

tenemos, una sociedad más de todos y para el bien común.

5.- *Preparación y siembra*. El mensaje cristiano, contenido en la palabra simple del Maestro, despliega un proyecto de vida que recibe su aval y garantía de las mismas actitudes humanamente coherentes de Cristo. Es su vida, como semilla de la nuestra, la que se esparce sobre la tierra de nuestra historia personal. Su palabra es la gracia que necesitamos como auxilio para vencer nuestras incapacidades. La Iglesia, mediante su acción evangelizadora, la ofrece a quienes quieran recibirla. El mismo Señor comprueba la resistencia que ofrecen los espacios impreparados para la siembra y su florecimiento. En un tiempo se entendía como pre-evangelización la tarea de remover, purificar y humedecer la tierra para una exitosa siembra. El mundo actual lo necesita. El enemigo ha sembrado la cizaña imposibilitando el crecimiento normal del trigo. Cada corazón se convierte en un resumidero de toxinas; de piedras y malezas, de caminos endurecidos y de pájaros hambrientos. Porque es el tiempo de la siembra lo es también de la renovación de la tierra que la acoja.